

En toda nuestra angustia

Es bueno estar de nuevo con ustedes en este lugar.

La semana pasada no pudimos reunirnos debido al hielo, y espero que todos hayan tenido un maravilloso día de Navidad, incluso sin haber ido a la iglesia.

Me reí un poco de mí mismo que nos encontramos leyendo Mateo después de pasar por alto la Navidad, porque el Evangelio de Mateo también pasa por alto el nacimiento de Jesús.

El último versículo del capítulo 1 dice:

“Pero él (José) no tuvo relaciones maritales con ella (María) hasta que ella dio a luz un hijo; y le puso por nombre Jesús.”

Luego, el siguiente versículo comienza nuestra escritura de hoy, diciendo:

“En la época del rey Herodes, después que nació Jesús en Belén de Judea”.

En otras palabras, Mateo en realidad no describe el nacimiento de Cristo en absoluto. El evangelio cuenta lo que pasó antes y después.

Como les dije antes de Navidad, el objetivo principal de Mateo aquí no es contar una historia bonita sobre el nacimiento de un niño, sino establecer su narrativa de Jesucristo como el Mesías judío, el cumplimiento de las escrituras del Antiguo Testamento.

Mateo ya ha conectado explícitamente a Jesús con uno de los héroes más grandes del pueblo judío, el rey David, a través de la genealogía al comienzo mismo de su evangelio.

Mateo también ubica el nacimiento de Jesús en la ciudad natal de David, Belén, para promover esa conexión. Nuestro pasaje de hoy puede verse como una conexión entre Jesús y otra figura heroica imponente en la tradición judía, Moisés.

Recuerden que Moisés nació en Egipto,
y que fue salvado de un mandato de un rey malvado de
matar a todos los niños varones del pueblo hebreo esclavizado.

El viaje de Egipto a la tierra de Canaán, que eventualmente
se convirtió en la tierra natal de Jesús, Judea, ocupa una gran parte
de la Torá, los primeros 5 libros de las Escrituras hebreas.

La historia de Moisés y el viaje de su pueblo se menciona
innumerables veces en las Escrituras,

Dios liberando al pueblo de Dios en medio de su angustia.

El Evangelio de Mateo en este pasaje conecta a Jesús con Moisés
muy intencionalmente, incluso explícitamente al citar al profeta Oseas:

“De Egipto llamé a mi hijo”.

En ese pasaje de Oseas, Dios se refiere a la liberación
del pueblo de Dios de Egipto, dirigido por Moisés.

Esta conexión habría sido imperdible, quizás demasiado obvio,
para los lectores judíos del Evangelio de Mateo.

La orden de Herodes de matar a los bebés varones de Belén
es paralela a la orden del Faraón en Egipto,
consolidando aún más a Jesús como un nuevo Moisés.

Curiosamente, Mateo no hace referencia al Éxodo como la escritura
cumplida por la masacre de bebés, sino que cita a Jeremías,
quien hace referencia a una historia anterior,

la de Raquel llorando por sus hijos.

Ciertamente, todos los primeros lectores judíos de Mateo habrían conocido
la figura bíblica de Raquel, la esposa favorita de Jacob
y la madre del hijo que se convirtió en gobernante en la tierra de Egipto,
que casualmente se llamaba... José.

También habrían sabido que la tumba de Raquel, madre de José,
Está ubicada en Belén.

Así que está bastante claro cuál es el propósito del Evangelio de Mateo al
incluir esta historia de la huida a Egipto en la historia de Jesús.

Jesús, descendiente de David, la figura icónica del rey,
es también una segunda venida de Moisés, dador de la santa Ley de Dios.

Pero hoy les voy a pedir que ignoren todo eso.

Ignore el deseo de Mateo de conectar a Jesús con los héroes del pasado.

Aprecio el objetivo de Mateo aquí para una audiencia judía,
pero personalmente me importa menos que Jesús fuera
un modelo de la tradición judía, y más que Jesús fuera Dios
nacido en el cuerpito de un ser humano.

Me interesa la huida a Egipto no como una ocasión histórica,
sino como una historia humana, una historia de refugiados.

Pero para hacer eso, necesito que ignores algunas cosas más.

Para ver la historia humana en este pasaje,
debemos pasar por alto un par de miles de años de herencia cultural,
canciones, poesía, pinturas, esculturas de belenes, todo el arte y la música
producidos a través de los siglos que representan esta historia.

Estas son canciones excelentes y obras hermosas de arte!

No quiero devaluar estos artefactos de la tradición cristiana,
son gloriosos por derecho propio.

Pero también tienden a distraer, incluso a confundir,
cuando se trata de la historia humana dentro de la historia de Navidad.

Por ejemplo, en sus mentes, probablemente están imaginando
el comienzo de esta historia, donde Dios viene a José en un sueño,
como si tuviera lugar en un establo, donde se hospedan María y José

porque no había lugar en la posada cuando vinieron para el censo.

Pero todo eso está en Lucas, no en Mateo.

En la versión de Mateo, en nuestro pasaje de hoy,

José y María ya viven en Belén,

presumiblemente en una casa, no en un establo.

Cuando te imaginas su viaje a Egipto,

probablemente están imaginando a la pequeña familia,

los tres solos, María montando un burro cargando al niño Jesús,

mientras José camina adelante, guiando al burro.

Pero esa imagen proviene de la obra de arte, no del texto.

La gente en esos días no viajaba sola largas distancias.

Si te ibas a mudarte a Egipto, traerías a

toda tu familia extendida en una gran caravana,

tanto por seguridad y compañía en el camino,

como para tener una pequeña comunidad preparada cuando llegues allí.

José probablemente también tenía parientes en Egipto, donde ya había

una población judía bien establecida con sus propias

sinagogas, cementerios y barrios.

Entonces, en lugar de imaginar solo a José, María y Jesús,

más un burro, imaginen lo más como una caravana de varias familias,

migrando de un hogar que se había vuelto inseguro a otra tierra.

Podemos reconocer esta imagen, no por las pinturas y belenes

renacentistas, sino por lo que vemos hoy en las noticias.

Podemos reconocer a nuestra querida Hermana Sumilda,

quien se fue de Honduras porque su familia no estaba segura allí.

Sabemos cómo es la migración.

Muchos de nosotros aquí hoy tenemos historias similares,

historias de inmigrantes, de viajar a otro país
para escapar de la violencia o la pobreza.

Es por eso que esta historia resuena conmigo.

No porque Jesús fuera el nuevo David o el nuevo Moisés,
sino porque Jesús era un migrante, un refugiado, un solicitante de asilo.

Cuando los estadounidenses ven imágenes en las noticias,

Multitudes de personas cansadas y asustadas
esperando cruzar la frontera,

Buscando refugio en campamentos improvisados,

Viajando largas distancias, formando caravanas de familiares y amigos.

¿Qué pasaría si en esas imágenes no viéramos una amenaza,
no viéramos potencial para el crimen, la enfermedad o el cambio cultural,
sino que viéramos los rostros de José y María, el rostro de Jesús?

Si viéramos a Jesús en el rostro de cada niño migrante,

¿también lo metieramos en una jaula?

En muchos sentidos, Jesús, el bebé,
lo tuvo más fácil que los migrantes de hoy.

Probablemente estuvo rodeado de parientes,

probablemente vivió sus primeros años
en una comunidad judía fuerte en Egipto.

Tenía a sus dos padres allí para cuidarlo.

Nadie lo rodeó y lo puso en un centro de detención.

Nadie lo hizo sentir como un criminal sólo por vivir su vida
en un nuevo país, aunque hubiera sido indocumentado.

Nadie amenazó con deportar ni a él ni a sus seres queridos
al lugar del que huyeron, donde sus vidas corrían peligro.

Pero lo que muestra esta historia es que Dios

está con los migrantes, los refugiados.

Hermana Sumilda compartió con nosotros las veces que el Señor estuvo con ella en su viaje a Indiana.

Dios salvó a su familia de las aguas torrenciales, de los criminales violentos, del secuestro por parte de los oficiales del gobierno de los Estados Unidos.

Hablando al final de su viaje, Sumilda y su familia pueden hacerse eco de las palabras del profeta Isaías que escuchamos.

Pueden contar las obras de gracia del Señor,

Los hechos dignos de alabanza del Señor.

Porque Dios mira al refugiado y dice: “Verdaderamente son mi pueblo, hijos que no me engañaran; Así se convirtió en el Salvador en medio de toda su angustia.”

No todos somos inmigrantes, no todos somos refugiados.

Pero todos nosotros en nuestras propias vidas

hemos experimentado dificultades, angustias.

Todos hemos mirado al Señor y rogado por la salvación,

después de perder a un hijo o una hija,

un padre, un hermano o una hermana,

después de enfrentar una enfermedad o un dolor crónico,

después de las dificultades económicas o la falta de vivienda,

o incluso la angustia invisible dentro de nuestros cerebros

de lucha contra la depresión o la enfermedad mental.

En medio de toda nuestra angustia, no cuando la hayamos vencido,

no cuando mejoremos, no cuando salgamos victoriosos,

sino allí mismo en lo peor, en medio de toda nuestra angustia,

el Señor nos miró. y dijo: “Verdaderamente son mi pueblo”.

Así como María y José probablemente no viajaron solos a Egipto, nosotros hemos pasado por nuestras pruebas en esta comunidad.

Sé que ha habido momentos en que esta familia de la iglesia estuvo angustiada, cuando sentimos el dolor del conflicto, lamentamos la pérdida de viejos amigos y nos preocupamos por el futuro de nuestra congregación.

En medio de los tiempos difíciles, incluso en medio de la pandemia, Dios miró a esta iglesia y dijo: “Verdaderamente son mi pueblo, hijos que no me engañaran;

Y Dios se convirtió en nuestro Salvador en todas nuestras angustias”.

La belleza de esta historia bíblica para mí, es que porque en el cuerpo de Jesús, en el cuerpo de un migrante, de un refugiado, Dios aprendió lo que era estar en apuros. Dios sabe lo que es ser un refugiado porque Dios era un refugiado. Dios conoce las dificultades porque Jesús conocía las dificultades.

Hay belleza y magia en la idea de la encarnación, pero también hay grava, sangre y agallas.

Cuando Dios se hizo carne, Dios experimentó lo que experimentamos.

Y esta historia muestra que incluso en toda nuestra angustia, en las vidas y los rostros de los que están en problemas, Dios está presente y existe en solidaridad con los afligidos.

Dios no sólo puede salvarnos y redimirnos desde lo alto, el amor redentor de Dios nació para los humildes, nació en la migración y el desplazamiento, nació en medio de la angustia.

Jesús no sólo salva, sino que Dios comprende. Dios recuerda.

Como dice Isaías en nuestro pasaje de hoy,

No fue un mensajero o un ángel sino la presencia de Dios lo que los salvó.

En el amor de Dios y la empatía de Dios, Dios los redimió;

Dios los levantó y los llevó todos los días de antaño.

El Evangelio de Mateo nos cuenta las formas en que la historia de Jesús cumple con las palabras de textos de antaño.

Pero creo que este pasaje de Isaías llega a algo aún más grande e importante que el legado de David y Moisés.

Dios no salva al pueblo de Dios con relámpagos o trucos de magia, ni enviando mensajeros y ángeles,

sino que es la misma presencia de Dios la que nos salva.

Jesús, la encarnación, Dios hecho humano,

Lo que lo hace especial, lo que le da tal poder para salvarnos,

No es por el milagro de un nacimiento virginal,

Ni la aparición de una estrella milagrosa,

Ni siquiera los dones de los reyes o los cantos de pastores y ángeles.

No son estos detalles los que distinguen el acto de la Encarnación de Dios.

Es especial porque Dios vivió con nosotros, vivió como uno de nosotros.

La experiencia de ser humano también fue la experiencia de Dios.

Eso incluye la alegría y el amor y los triunfos,

pero también todo el sufrimiento y la angustia.

Dios entiende a los refugiados porque Dios era un refugiado.

Dios nos comprende a todos porque Dios era nosotros.

¿Qué mejor regalo podríamos imaginar?

¡Qué mejor motivo podríamos tener para cantar juntos,

Joy to the World!

Amén.